



EL SILENCIO

¡Silencio y soledad! Altares deberían elevárseles (si en esta época se erigiesen altares) para un culto universal. El silencio es el elemento en el cual todas las grandes cosas se forman y combinan, para surgir al fin acabadas y majestuosas, a la luz fuerte de la vida que están destinadas a regir. No sólo es Guillermo el Taciturno, sino todos los hombres con quienes he tratado, y los menos diplomáticos, los menos hábiles, los que no gustaban de charlar, los que estaban en camino de crear y proyectar.

Tú mismo, en tus humildes perplejidades, has de saber refrenar tu lengua algún día: ¡cuánto más claramente se te representan a la mañana siguiente tus proyectos y tu deber! ¡Cuántos despojos y escombros han barrido el silencio y la soledad, esos trabajadores mudos, una vez disipados los tumultos importunos! En muchas ocasiones la palabra no es como la han definido en el francés, el arte de disimular el pensamiento, sino el arte de ahogar y suspender el pensamiento, si no hay ninguno que disimular. Indudablemente la palabra es grande, pero no lo más grande, como dice la inscripción suiza: *Spreche ins silbern, Scheweigen its goldn*, (La palabra es de plata, el silencio es de oro); y podemos decir: la palabra es del tiempo, el silencio es de la eternidad.

TOMÁS CARLYLE.

El cuervo

(Versión de J. A. Pérez Boubble)

Una fosca media noche, cuando en tristes re-
flexiones,
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
a mi puerta oí llamar:
como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta
mano tímida a tocar:
“Es—me dije—una visita que llamando está a mi
puerta;
eso es todo, ¡y nada más!”

¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes
del hielo,
y su espectro cada brasa moribunda enviaba al
suelo.
¡Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
procurando en vano hallar
tregua a la honda desventura de la muerte de Leo-
nora,
la radiante, la sin par
virgen pura a quien Leonora los querubés llaman
hora
ya sin nombre... ¡nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas colga-
duras
me aterraba, me llenaba de fantásticas pavoras,
de tal modo, que el latido de mi pecho palpitante
procurando dominar.
“es sin duda, un visitante—repetía con instancia—
que a mi alcoba quiere entrar;
un tardío visitante a las puertas de mi estancia...
Eso es todo, ¡y nada más!”

Paso a paso, fuerza y bríos
fué mi espíritu cobrando:
“Caballero—dije , o dama,
mil perdones os demando;
mas, el caso es que dormía,
y con tanta gentileza
me vinisteis a llamar,

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tris-
teza
con su grave, torva y seria decorosa gentileza;
y le dije: «Aunque la cresta calva llevas, de seguro
no eres cuervo nocturnal,
viejo, infausto cuervo obscuro, vagabundo en la
tiniebla . . .

Dime:—¿Cuál tu nombre, cuál
en el reino plutoniano de la noche y de la niebla...?»
Dijo el cuervo: «Nunca más.»

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechu-
cho,
si bien su árida respuesta no expresaba poco o
mucho;
pues preciso es convengamos en que nunca hubo
criatura
que lograrse contemplar
ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,
ave o bruto reposar
sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,
con tal nombre: «¡Nunca más!

Mas el cuervo, fijo, inmóvil, en la grave efigie
aquella,
sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella
vinculada—ni una pluma sacudía, ni un acento
se le oía pronunciar...

Dije entonces al momento: «Ya otros antes se han
marchado,
y la aurora al despuntar,
él también se irá volando cual mis sueños han vo-
lado.»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,
«No hay ya duda alguna—dije—, lo que dice es
aprendido;
aprendido de algún amo desdichoso a quien la
suerte
persiguiera sin cesar,
persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en
su duelo,
sus canciones terminar,
y el clamor de la esperanza con el triste ritornelo
de jamás, ¡y nunca más!»

Mas el cuervo, provocando mi alma triste a la
sonrisa,
mi sillón rodé hasta el frente al ave, al busto, a la
cornisa;
luego, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía
dime entonces a juntar,
por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso
de un pasado inmemorial,
aquel hosco, torvo, infausto cuervo lúgubre y
odioso
al graznar: «¡Nunca jamás!»

Quedé aquesto, investigando frente al cuervo en
honda calma,
cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.
Esto y más—sobre cojines reclinado—con anhelo
me empeñaba en descifrar,
sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella
luminoso mi fanal—
terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá ella
a oprimir—. ¡Ah! ¡Nunca más!

Parecióme el aire entonces,
por incógnito incensario
que un querube columpiase
de mi alcoba en el santuario,
perfumado—. «Miserable ser—me dije —, Dios te ha
oído,
y por medio angelical,
tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
te ha venido hoy a brindar,
¡Bebe! Bebe ese nepente, y así todo olvida ahora.
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Eh, profeta—dije—, o duende,
mas profeta al fin, ya seas
ave o diablo—ya te envíe
la tormenta, ya te veas
por los ábregos barrido a esta playa,
desolado
pero intrépido a este hogar
por los males devastado,
dime, dime, te lo imploro:
¿Llegaré jamás a hallar
algún bálsamo o consuelo para el mal que triste
lloro?»
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

¡Oh, profeta—dije—, o diablo!—Por ese ancho
combo velo
de zafir que nos cobija, por el mismo Dios del Cielo
a quien ambos adoramos, dile a esta alma dolorida,
presa infausta del pesar,
si jamás en otra vida la doncella arrobadora
a mi seno he de estrechar,
la alma—virgen a quien llaman los arcángeles Leo-
nora!”

Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”

“Esa voz,
oh, cuervo, sea
la señal
de la partida,
grité alzándome:— ¡Retorna;
vuelve a tu hórrida guarida,
la plutónica ribera de la noche y de la bruma!
De tu horrenda falsedad
en memoria, ni una pluma dejes, negra. ¡El busto
deja!

¡Deja en paz mi soledad!
Quita el pico de mi pecho. De mi umbral tu forma
aleja.”

Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”

Y aun el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la es-
cultura,
sobre el busto que ornamenta de mi puerta la mol-
dura . . .
y sus ojos son los ojos de un demonio que, dur-
miendo,
las visiones ve del mal;
y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja,
trunca
su ancha sombra funeral,
y mi alma de esa sombra que en el suelo flota . . .
¡nunca
se alzará . . . nunca jamás!

EDGAR ALLAN POE.



Roma

De todos los lugares del mundo es Roma donde probablemente se ha acumulado durante veinte siglos mayor número de cosas bellas que subsisten todavía.

Nada es creación suya si se exceptúa un espíritu de grandeza y ordenamiento de lo bello; pero los más grandiosos monumentos de la tierra se han fijado allí y se han prolongado con tal energía, que han dejado huellas innumerables e imperecederas. Al no más pisar su suelo, se pisa la huella mutilada de la diosa que ya no se muestra a los hombres.

La Naturaleza la había situado admirablemente en el lugar más propicio para recoger, —como en la más noble copa que se haya abierto bajo el cielo, — las joyas de los pueblos que pasaban a su alrededor sobre las cimas de la Historia. El sitio en que cayeron tantas maravillas era ya igual a esas mismas maravillas. Allí el azul es límpido y suntuoso. Las obscuras y profundas verduras del Norte se unen a los ligeros y claros follajes del Mediodía. Los árboles más puros, el ciprés que se levanta como una oración sombría y ardiente, el pino que parece el más grave y armonioso pensamiento de la selva, el verde y macizo roble que da a los pórticos tanta gracia, han adquirido por tradición secular, un orgullo, una conciencia y una solemnidad que ellos no encuentran en ninguna otra parte. Quien los ha visto y comprendido no los olvidará jamás y fácilmente los reconocería entre los árboles análogos de la tierra menos sagrada. Fueron ornamentos y testigos de cosas incomparables. Ellos no se separan de los diversos acueductos, de los mausoleos descoronados, de los arcos rajados, de las columnas heroicamente rotas que decoran una campiña mejestuosa y desolada. Han tomado el estilo de los mármoles eternos, a los que rodean de respetuoso silencio. Como éstos, saben ellos decirnos con dos o tres líneas netas y sin embargo misteriosas, todo lo que puede revelarnos la tristeza de una llanura que lleva sin doblegarse las ruinas de su gloria.

Esos árboles son y se sienten romanos.

Un círculo de montañas de nombres sonoros y augustamente familiares, de cimas cargadas de nieves que brillan tanto como los recuerdos que

evocan, forma a la inmortal ciudad un horizonte preciso y grandioso que la separa del mundo sin aislarla de los cielos. Y en este recinto casi desierto, en el centro de los sitios inanimados donde las losas, los pórticos multiplicando el espacio y la ausencia, en todas las encrucijadas donde vela en el vacío alguna estatua herida, en los estanques, los capiteles, los tritones y las ninfas, una agua dócil y luminosa, obedeciendo todavía órdenes recibidas hace dos mil años, forma a la immaculada soledad un adorno movable y siempre fresco de penachos de azur, de guirnaldas de rocío, de trofeos de cristal, de coronas de perlas. Se diría que el Tiempo, entre estos monumentos que creyeron desafiarle, no ha querido respetar sino las horas frágiles de lo que se evapora y se derrama.

Tan largo tiempo ha residido la belleza entre estos muros que van del Janículo al Esquilino, con tal persistencia ahí se ha acumulado, que el lugar mismo, el aire que en él se respira, el cielo que lo cubre, las curvas que lo perfilan, han adquirido un prodigioso poder de apropiación y de ennoblecimiento. Roma, como una especie de hoguera espiritual, purifica todo lo que desde hace siglos han amontonado los errores, los caprichos, la extravagancia y la ignorancia de los hombres. Hasta hoy no ha sido posible desfigurarla. Se creería que ha sido imposible ejecutar o mantener allí una obra que rehusase despojarla de su fealdad o de su vulgaridad original. Todo lo que no está conforme con el estilo de las siete colinas, desaparece y se elimina poco a poco bajo la acción del genio atento que ha colocado en los horizontes, en la roca y el mármol de las alturas, los principios estéticos de la ciudad. La Edad Media, por ejemplo, y el arte de los primitivos habitantes debieron ser ahí más activos que en ninguna otra parte, pues se encontraban en el corazón mismo del universo cristiano; sin embargo, no han dejado sino trazas poco sensibles y subterráneas, lo que fué en verdad preciso para que la historia del mundo, de la cual ese era el lugar, no quedase incompleta. Lo contrario pasó con los artistas cuyo espíritu estaba naturalmente en armonía con el que preside a los destinos de la Ciudad Eterna; Jules Romain, los Carrache y algunos otros, pero sobre todo Rafael y Miguel Angel, manifiestan una amplitud, una certeza, una especie de instintiva satisfacción y de filial alegría que no encuentran en ningún otro lugar. Se ve

que esos artistas no tenían que crear sino solamente escoger y fijar las formas que al afluir de todas partes, irreveladas, pero imperiosas, no pedían más que nacer. Y ellos no se engañaron: no pintaban, en el propio sentido de la palabra, sino que descubrían simplemente las imágenes veladas que poblaban las salas y las arcadas de los palacios. La relación entre el arte de ellos y el medio que le da vida, es tan necesaria, que desterradas a los museos o a las iglesias de otras ciudades, sus obras no parecen traducir sino una concepción arbitraria, exageradamente fuerte y decorativa de la vida. Es por esto que las fotografías o las copias del plafond de la Capilla Sixtina desconciertan un poco y tienen algo de inexplicable. Pero si el viajero entra al Vaticano después de haberse impregnado de la voluntad que emana de los mil vestigios de Roma, entonces considera como un esfuerzo magnífico, pero natural, el enorme esfuerzo de Miguel Angel. La prodigiosa bóveda, donde en grande y armoniosa orgía de fuerza y entusiasmo se enlaza y acumula un pueblo de gigantes, viene a ser como un arco del mismo cielo, donde se han reflejado todas las escenas desenfundadas, todas las poderosas virtudes cuyos recuerdos se agitan todavía bajo las ruinas de este suelo apasionado.

No, si el viajero dócilmente se ha dejado sugerir bajo todo lo que le rodea, se imagina que en estas habitaciones del Vaticano, así como bajo la bóveda de la Sixtina, por diferentes que sean ambas impresiones, asiste a la dilatación tardía pero lógica y natural de un arte que habría podido ser el de Roma. Le parecerá que se encuentra aquí la fórmula que el genio demasiado positivo de los Quirites no había tenido la ocasión o la suerte de deducir. Pues Roma, a pesar de todos sus esfuerzos, no había logrado dar de ella misma la imagen esencial que había prometido al Universo. En el fondo se embellecía con los despojos de la Grecia, y el mejor de sus méritos fué el de haber recogido y comprendido ávidamente la belleza del arte griego. Cuando intentó agregar algo lo deformó sin apropiarse la expresión de ese arte a su vida personal. Sus pinturas y esculturas no respondían sino a una especie, como si dijéramos, de decires o rumores a las realidades de su propia existencia, y su arquitectura debía a sus colosales proporciones la parte más segura de una originalidad incierta. Se llega a considerar que el armonioso pintor Urbino y el

viejo Buonarroti, a través de todas las catástrofes; a través de todas las muertes aparentes y los largos silencios de Roma, han recogido una tradición latente e interrumpida que no había cesado de evolucionar subterráneamente, para coronar su obra y decir por fin al mundo lo que no había podido decirle el Imperio. Tales artistas son más propiamente romanos y parece que son admirables exponentes del deseo inconsciente y secreto de esta tierra latina que no lo fué la Roma de los Césares.

Esta Roma había impreso su imagen. Permaneció artificialmente helénica y la Grecia no podía ofrecer a un pueblo más vasto y muy distinto las formas necesarias para su conciencia ornamental. Ella no podía ser más que un seguro y magnífico punto de partida; pero sus estatuas y sus pinturas, delicadas, preciosas, medidas, casi tenues, no tenían una plaza apropiada, en este Forum recargado de aplastantes monumentos, entre estas termas monstruosas, estos circos violentos y bajo las enormes y suntuosas arcadas de esas basílicas superpuestas. Nos preguntamos entonces si los frescos de Miguel Angel no habrán respondido después de mil años de espera, al llamamiento de esas arcadas vacías y sino será el caso de creer que dichos frescos son la consecuencia casi orgánica de esas columnas y de esos mármoles imperiales. Asimismo se considera que el plafond, las perchinas y *El Incendio del Borgo* ilustrarían,—mucho más que las esculturas de Fidias y de Praxiteles, y mucho más también que las excelentes pinturas de Pompeya o de Herculano,—las Metamorfosis de Ovidio, los poemas de Horacio y la Eneida de Virgilio.

MAURICIO MAETERLINCK.



La sirena negra

Cantaba en la fronda su voz de cristal . . .
Yo me sentí enfermo del celeste mal
en aquella tarde lenta y otoñal.

Cantaba en la fronda su voz armoniosa
llena de una rara virtud milagrosa.
— Virtud de la estrella, el agua y la rosa.

Cantaba en la fronda su voz, y tenía
un loco repique de ingenua alegría
y un suave perfume de melancolía.

Por entre los troncos de cortezas huecas
y los blancos faunos de punzantes muecas,
iba el torbellino de las hojas secas.

El sol se incendiaba milagrosamente
y la luz rojiza del rojo poniente
sonrosaba el mármol de la roja fuente.

(Dos blancas sirenas y un monstruo marino
lanzaban el claro surtidor perlino
con un gesto antiguo, gracioso y divino).

Cantaba en la fronda su voz. Yo la oía
religiosamente, como una armonía
que desde los astros hasta mí venía.

Y como a la flauta dulce y encantada
acude la negra sierpe jaspeada,
yo acudí a los sonos de su voz amada.

De la voz del dulce canto de cristal
que enfermó mi alma del celeste mal
en aquella tarde lenta y otoñal . . .

. . . Y no pude hallarla. Mas nada quebranta
mi fe que la espera sobre el horizonte.
¡Sé que era la negra sirena que canta
cerca de la triste barca de Caronte!

F. MARTÍNEZ-CORBALAN.



Copo de espuma



Voy sobre el mar, sobre el vasto hervor oceánico, sobre el piélago bravío, cantado por todos los poetas, desde el grave y trágico Esquilo, hasta el ardiente y rebelde Byron.

Voy sobre él, de pie en la cubierta del buque de vapor, de esta gran máquina negra, aspirando con deleite la brisa salitrosa y siguiendo con la mirada melancólica el vuelo de las nubes errantes o el perpetuo desfile de las olas.

A lo lejos, medio oculta en la neblina de la tarde, mírase una costa interminable, árida, monótona. Es una costa baja sin vegetación, casi sin bahías; una costa que me hace pensar en las de los mares del Norte, en los pedregosos arrecifes, en los peñascales marinos, en los escollos a flor de agua, erizados de ásperas puntas, de ángulos terribles, de vértices rudos, donde el mar se hace pedazos como una lámina de vidrio.

El cielo parece la paleta de un pintor. Todos los tintes están en él, desde el rojo subido, color de sangre, hasta el suave morado de las violetas campestres.

El azul, un azul profundo, domina en el fondo. Grandes celajes, como si fueran los jirones del opulento manto de púrpura de un rey, flotan al Sur; y al Occidente, sobre la infinita línea de lapislázuli del horizonte, se suspende un millar de nubes, semejando una maravillosa bandada de palomas que volaran hacia el sol, el cual se hunde, enrojecido, redondo, soberbio, lentamente, en las grandes olas palpitantes coronadas de reflejos de plata.

Pienso en las sirenas, en los tritones, en las ondinas. Pienso en Poseidón; rey de las aguas salobres, y en Venus, maravilla de la belleza, adorada de Plutón, inefable mujer nacida de las purísimas espumas.

Me parece escuchar la ronca voz de los caracoles, el armonioso batir de los remos de las naves dóricas, el rumor de la brisa al hinchar las blancas velas latinas.

Siento la nostalgia de un mundo muerto, y, como el dulce Musset, creo que he nacido tarde, que esta época no es la mía, que son otros mis tiempos.

Porque yo, hijo enfermo de este siglo, producto de una civilización sin ideales, fruto de un árbol

ya viejo, semibárbaro, del Nuevo Mundo, debí haber venido en los albores de la humanidad, en la aurora del paganismo, en la riente mañana de la Tierra, cuando Jove era fuerte con su haz de olímpicos rayos y Juno dejaba escapar de su seno divino una cascada de gotas de leche.

Entonces, oh mar, oh sol, oh viento, habría cantado en el grandioso ritmo helénico, acompañándome de la lira de tres cuerdas de Orfeo, un himno religioso y sereno, que tal vez hubiera sido propicio a los amados dioses inmortales.

JUAN RAMÓN MOLINA.



Versos sentimentales

Hoy te traigo este libro de íntima poesía para que lo leamos durante mi estadía. Es un libro profundo, de tan sutil encanto que habrá de emocionarnos hasta el llanto. Ven conmigo a este banco que es está junto a la puerta de tu casa, este banco que es una mano abierta para nuestras demandas de ensueño y de dulzura, este banco que es, creo, la mejor criatura entre todas las cosas que existen en tu casa. Leamos sin pensar en la gente que pasa, aunque ella, con sus necios comentarios burlones, se sonría del trance de nuestros corazones diciendo:—Ya están esos con su eterna lectura, con sus ridiculeces y su literatura . . . — Dejemos a esa gente con su espíritu acerbo, ya que ella no comprende la sugestión del Verbo. ¡Los libros! Nada ofrece tan divinos asuntos para dos que se adoran como leer versos juntos. I es que en tales momentos también somos poetas, pues llenamos de inéditos versos las incompletas estrofas. ¡Veñ la tarde que a leer nos invita penetrada de una suavidad infinita? Preparemos el alma para estas excursiones hasta lo más profundo de nuestros corazones, y en este banco amigo que está junto a tu casa, leamos sin pensar en la gente que pasa. . . .

MANUEL GÁLVEZ.

Derechos reservados

Cruz del Milagro

UN sendero va recto por el cafetal verde obscuro. Entre las apretadas hojas se tami-za finamente la llovizna de una nube que pasa. En lo alto, las ramas son la varillas del abanico sangre y oro del poniente. Las laderas del cerro, desde las cuales bajan como al asalto las líneas de los cafetos, están llenas de zacate tierno. Al frente, el volcán de Agua, envuelto en los indecisos chales de la niebla. Caen briznas. Vuelan pájaros. Tiembla dulcemente el ángelus. Encajonado entre arenales, rasgado por zarzas, inadvertido casi, corre anémico El Pensativo como huyendo de sí mismo, avergonzado como un mendigo al que se sorprendiera en un salón...

El follaje tiene quedos susurros de alas en fuga. El sol lo cubre todavía de una tibia aureola; pero abajo se adormece ya en suavidades la penumbra. La paz crepuscular se acolchona en esta espesura, llenando el corazón de una vaga melancolía. El alma pasa envuelta en un sudario de silencio. Súbito, como un búcaro roto que emergiera de entre aguas profundas, la aparición callada de un templo en ruinas...

La iglesia de la Cruz del Milagro está ceñida por el voluptuoso abrazo de las hojas que en derredor multiplican sus caricias húmedas. Ella hace más grave la quietud del paisaje, más evocativa e intensa la emoción de la hora. Raíces y ramas impacientes abren grietas en la armoniosa bóveda del altar mayor; multiplicados bejuco suben escalando los muros amarillentos con vetas negras y verdes; suspicaz lagartija se detiene un instante sobre un caído bloc de ladrillo y argamasa para proseguir después la fuga veloz, entre las yerbas; bajo el coro de calado antepecho una tumba humilde y blanca.

El poema de silencio tiene esta rúbrica de eternidad. La ola de la vida se detiene un momento en el remanso de muerte; pero para resurgir con más ímpetu, cubriendo de verdura la calle que se pierde a lo lejos, tal como esos ríos que momentáneamente se hacen subterráneos hasta que de nuevo aparecen a la gloria del sol. Los árboles se empujan apretados sobre el templo, como una aglomeración de curiosos sobre una tumba; y su olas azo-

tan los flancos de la nave destruida, inmovilizada por ancla de siglos...

Se apagan los imperiales incendios de occidente, y en el cielo estallan las más luminosas floraciones. Todo lo iguala el nivel de sombras de la noche. Es la hora de las ruinas, la hora en que ellas viven, porque, como las almas tristes, aman el casto recogimiento de la sombra. El templo es el pensamiento más melancólico en la misteriosa estrofa de la tiniebla; el sueño mismo del bosque durmiente.

Sus piedras, rezumantes de poesía legendaria, cobran en el instante medroso el pretérito prestigio. Percíbese la antigua fragancia de incensarios y se escuchan de nuevo los solemnes pasos sacerdotales y las perdidas armonías de salterios y campanas. El viento tiene profundas resonancias de órgano lejano; las estrellas cintilan como cirios de penitentes; y las filas de árboles parecen caminar como una solemne procesión de espectros....

JOSÉ RODRÍGUEZ CERNA.



Rincón de parque

Un grupo del cisne y Leda,
tras la marmórea explanada
del jardín. Una vereda
y un rincón envuelto en bruma
irisada,
donde el agua alegre rueda,
y en artificio de espuma
y con crujidos de seda,
desatada....

La vista confusa queda,
y no sabe, deslumbrada,
en la penumbra argentada
donde todo se difuma,
si el blanco cisne es de pluma,
si es de mármol la cascada
o va a pasar arrastrada,
deshecha en espuma,

Leda.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

Mientras

*Sans wine, sans song, sans
singer, and sans end.*

OMAR KHAYYAM.

Apuremos la crátera del milagroso vino,
aspiremos la esencia de la purpúrea rosa
del amor, mientras tanto que la hora luctuosa
no marca la implacable clepsidra del Destino.

Sigamos el ejemplo del ruiseñor divino
ebrio de azul en medio de la selva olorosa,
y llenos de una honda pasión por toda cosa,
cantemos la exultante canción del peregrino.

Todo eso ha de concluir, todo eso ha de pasar...
Gocemos, pues, hermanos, la caricia anhelada
hasta el temido instante del desenlace ruín,

en que, cual sabiamente nos dice el viejo Omar,
descendamos en polvo mísero hacia la nada,
sin vino, sin canción, sin mujer y sin fin.

ÁLVARO MELIÁN LAFINUR.



El alma de las rosas

El fugitivo aroma de las rosas,
lleno de una sutil melancolía,
hace vivir en la memoria mía,
los tiempos idos y las muertas cosas:

las mañanas de sol y las hermosas
noches de claridad y de armonía,
cuando era el alma, que al azul se abría,
enjambre encantador de mariposas.

Hoy, en la angustia de un pesar acerbo
busco la flor que en mi poder conservo,
pálida rosa que al partir me diste;

llevo a mis labios su corola trunca,
y siento renacer, más hondo y triste,
el dulce amor que no te dije nunca.

A. MAURET CAAMAÑO.

El apóstrofe de Rogerio

(Página de la novela *EL VAMPIRO*)

...Cobré de improviso una audacia insolente, y echando sobre mis hombros los jirones de la antigua capa, y haciendo rodar de un puntapié el más alto de los atriles, me puse a improvisar, en medio del cuarto, un apóstrofe que me pareció de gran oportunidad.

—¿Qué es ésto, abuelo?—exclamé con voz vibrante. ¿Así engañas, con una broma de medio siglo, a tu más sincero admirador? Después de tan tremenda burla de que me has hecho víctima, ¿cómo podré escribir tu fantástica apología? ¿Cuál fué tu intento al ordenar que no se abriera esta cámara? ¿Qué de extraño tiene con sus sillones y sus armas y sus atriles, y tu vieja guitarra, para que fuera el horror de tu familia? ¿O acaso resume un emblema siniestro ese polvoroso fantasma felino, ese difunto león de duras greñas, padre, quizá, del que te devoró en Asia? ¿O en esos manuscritos, que luego leeré, encerraste la historia de tus cien hazañas terribles, que nadie debería conocer? Mas ¿por qué no los hiciste cenizas? ¿Con ellos reconstruiré tu vida trágica para asombrar a mis hijos? Pero ¿por qué ha dominado la sombra, durante cincuenta años, en esta habitación? ¡Si quiere se hubiera perpetrado en ella algún horrible crimen, y el espantable grito que Genaro oyó una medianoche, hubiera sido el último que, bajo tu mano celosa y asesina, lanzara la encantadora Leonor Moreira! ¡Pero no! Aquí no hay vestigios de dolor ni de muerte, fuera del macabro decorado y de este perfume diabólico que, de ningún modo, debió ser el que usara la gentil desdeñadora de Santisteban. . . .—Me retiraré de tu temida estancia sin haber admirado tu sombra heroica. ¡Y juro por mi nombre ilustre que mi decepción es grande, y que, como digno nieto tuyo, habría preferido morir aquí, en un fulminante espanto patético, a tener que confesar mañana que tu solemne recomendación testamentaria fué un pueril embuste! ¡Te saludo gravemente, a través de la muerte, abuelo! ¡Y ruégote presentar mis respetos a tu linda amante y a su desventurado consorte, con quien, casi en el mismo minuto entraste en la Eternidad! ¡Gloria a tí, en la tierra y en los ámbitos de lo desconocido, grande y legendario Humberto de Mendoza!

FROYLÁN TURCIOS.

El poder de la obra de arte

¿Oíste alguna vez los cantos en escala de la fuente que va llenando el cántaro de barro? Así es la voz del corazón, dulce y ascendente, cuando las límpidas aguas de un sentimiento puro le van colmando; su música imprime al pensamiento y a la acción que entonces se produce una vibración intensa, una armonía simpática que ponen a vibrar todas las cosas con un temblor de sollozo o de emoción. El ambiente de todas las grandes y bellas obras de arte posee esta reverberación musical que en las almas selectas se transforma en inspiración y poder creador. Nadie se acerca a ellas sin sentirse mejor y más feliz, sin hallar una excelencia más en su alma o en la de los otros.

La obra de arte engendra la obra de arte. Su encanto está en producirnos la sensación de que podemos crear obras semejantes, de que la inspiración nos llega por momentos, de que un numen apolíneo planta su trípode en la más verde y más límpida colina de nuestra alma, de que su voz nítida como un cristal se eleva de súbito a manera de un surtidor de aguas recónditas que viene a murmurar a nuestro oído misteriosas palabras de poder. La obra de arte sugiere fecundidad y amplitud de concepción; sublima el timbre del oro de nuestra inteligencia; afina y eleva el tono del cordaje armonioso de las arpas de nuestro sentimiento. En su presencia y por la magia de su belleza y de su fuerza, el espectador de entendimiento se hace creador en algún modo. Porque aún la crítica es creación cuando realza la obra, cuando interpreta y cuando comenta.

La obra bella acaba por envolvernos en su atmósfera de emoción y de pensamiento. Nos eleva, y cuando descendemos al mundo de la vida ordinaria traemos una visión de belleza que, difundándose por encima de las cosas de nuestro ambiente, las hermosea y determina un cambio de nuestra actitud hacia ellas.

Pero este poder de atracción, esa energía de sugestión exigen para su existencia un sacrificio; la radiación, la emanación del alma del artista en todos los instantes de su labor. Enfocando en la obra de arte que se realiza, esas emanaciones la dejan viviente y brillante. La duración de su brillo depende de la energía intrínseca de la emanación del alma.

ROBERTO BRENES MESÉN.



Canción sin propósito

Una mano impalpable o lejana
nos conduce a través de la noche.

Una voz inaudita nos besa
y perfuma el silencio del aire.

Caminamos tranquilos y alegres.
Amorosa confianza, serena
decisión, voluntad sin esfuerzo . . .
Y es el paso más suave que un ala.

Ignoramos la ruta sombría
y el misterio que late en la sombra;
el comienzo y el fin de la senda
y el motivo del viaje ignoramos.

No sabemos qué alfombra los suelos;
si de lascas hostiles o rosas
lenitivas sembrado está el piso,
no lo saben los pies vagarosos.

Una fuerza más leve que un hálito
nos impulsa, y estrófico ritmo
distribuye el compás de la marcha,
casi vuelo, ascensión vaporosa.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.



Las tardes de la granja

Todas las tardes, cuando el sol moría,
bajo el claro verdor del emparrado,
Palemón, el anciano, aquí venía
a contarnos recuerdos del pasado.

Cerca el arroyo trémulo corría,
exhalaba su aroma el arbolado,
y sobre el surco lóbrego yacía,
tras la ruda faena el tosco arado.

Muchas veces sus candidas consejas
lágrimas dolorosas silenciaron:
¡que son tan tristes las historias viejas!

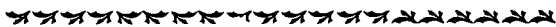
Y una tarde al huir la última franja
del rojo sol, al ángelus callaron,
para siempre, las tardes de la granja.

CORNELIO HISPANO.

Los pescadores de sirenas

Péscame una ¡oh egipán pescador! que tenga en sus escamas radiantes la irisada riqueza metálica que decora los admirables arenques. Péscame una, cuya cola bifurcada pueda hacer soñar en el pavo real marino, y cuyos costados finos y relucientes tengan aletas semejantes a orientales abanicos de pedrería; péscame una que tenga verdes los cabellos, como debe tenerlos Lorelay, y cuyos ojos tengan fosforescencias raras y mágicas chispas, cuya boca salada bese y muerda, cuando no cante las canciones que pudieran triunfar de la astucia de Ulises, cuyos senos marmóreos culminen florecidos de rosa y cuyos brazos, como dos albos y divinos pithones, me aten para llevarme a un abismo de ardientes placeres, en el país recóndito en donde los palacios son hechos de perlas, de coral y de concha de nácar. Mas esos dos sátiros que se divierten en la costa de alguna ignorada Lesbos, Tempe o Amatunta, son ciertamente malos pescadores. El uno, viejo y fornido, se apoya en un grueso palo nudoso, y mira con cómica extrañeza la sirena asustada y poco apetecible que su compañero ha pescado. Este saca la red, y no parece satisfecho de su pesca. De los cabellos de la sirena chorrea el agua, formando en el mar círculos concéntricos. Sobre las testas bicornes y peludas se extiende, al beso del día, un fresco follaje, mientras reina en su fiesta de oro, sobre nubes, tierra y olas, la antorcha del sol.

RUBÉN DARÍO.



Cosas extrañas

(Traducción de Carlos Muzio Sacuz-Péññ)

Arrojé la red al mar muy de mañana.

Extraje del obscuro abismo cosas de extraño aspecto y rara belleza: unas lucían como sonrisas, otras brillaban como lágrimas y algunas se enrojecían como las mejillas de una novia.

Cuando agobiado por la pesada carga de mi cotidiana labor llegué a mi casa, mi amada se hallaba sentada en el jardín deshojando una flor.

Miró mi carga y exclamó:

—¿Qué cosas raras! ¿Para qué sirven?

Incliné mi cabeza avergonzado y pensativo.

—Con nadie me he batido para obtener estas cosas—pensé. Tampoco las he comprado en el mercado. No son, por lo tanto, dignas de ella.

I toda la noche estuve ocupado en arrojarlas, una a una, por mi ventana, a la calle.

Por la mañana llegaron los viajeros, las recogieron y se las llevaron a sus lejanos países.

RABINDRANATH TAGORE.

El Japón heroico y galante

(FRAGMENTO)

¡Huid, japonesas que mezcláis el sabor de los besos con el sabor de la sangre! Una frágil tocadora de chamisen acaba de escaparse de entre las páginas de un álbum, y ha venido a bailar ante mí, como si estuviera en una casa de té de Yokohama o de Nara. ¡Y qué deliciosamente ondula al son de una música menuda! La reconozco. Es una *mus-mé* que me sorprendió hace cuatro años, y cuya imagen guardo preciosamente en mi museo secreto. Sus manos son de una delicadeza ideal, y su rostro es un marfil dorado por el humo del incienso. En sus labios pálidos vaga una sonrisa que nada tiene de humano, que a nadie se dirige, una sonrisa de eternidad igual a la de sus hermanas las divinidades de piedra. En cuanto a sus ojos, yo nunca he visto otros, que miren con esa serenidad escrutadora que parece buscar, más allá de lo perceptible para los hombres, lo que sólo ellos descubren: la imagen del Espejo Divino probablemente. En su misma danza hay algo de lejano, algo que no es para nosotros, sino para seres invisibles. Los pies desnudos van, vienen, giran, siempre con una cadencia lenta, buscando actitudes hieráticas que producen a veces una impresión de quietud definitiva: van y vienen los pies minúsculos, y las manos ideales se alzan abriendo un abanico, haciendo sonar un ramillete de cascabeles: van, vienen y van muy lejos, y vienen de espacios que nosotros ni siquiera distinguimos.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.



Terebintos

Alma mía, tú no eres ya la misma,
sin lur y sin fragancia.
Cruzaste la amargura del calvario,
subiste con las carnes desgarradas
pasaron los tres días
y aún estás en la fosa, inanimada.
No esperes que sumida en el sepulcro
se levante tu lápida,
y que al cielo, como una mariposa
beatífica tú vayas.

Es muy triste, alma mía, tu evangelio;
muchas noches del huerto
has tenido caídas y lanzadas;
que tréboles brotaron a tus plantas;
mucho hiel y vinagre;
el pesado madero a las espaldas:
y ninguna Verónica afigida,
ni una Magdalena apasionada!

Alma mía, tú no eres ya la misma;
en que fuiste como una religiosa:
ya quedaron muy lejos las mañanas
ébrias de fe, resedas y campanas!

JOSÉ T. OLIVARES.



Números de EVANGÉLICAS

1.—Subir, ascender, prosperar en el mejor sentido de las palabras, no es encaramarse en los sitios más visibles, como los gatos en las chimeneas, y los cuadrumanos del jardín zoológico en los tinglados de sus jaulas.

2.—Subir es evolucionar; evolucionar es mejorarse; mejorarse es desbestializarse; desbestializarse es adquirir la prerrogativa de ser creído y de ser seguido: asumir el derecho del mando, que es el más alto de los derechos, porque es el que impone más deberes.

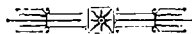
3.—Como crece un cedro desde su raíz hasta su copa, así debe crecer tu vida; y como se desarrolla una parra hasta cubrirse de racimos, así debe desenvolverse tu persona física y moral; porque nada que no se resuelva en plato de todos, vale nada.

Derechos reservados

4.- Que sirvas de algo, que produzcas algo, que dejes el recuerdo de algo: los árboles que no dan fruto, o que no dan madera, o que no dan leña, son inferiores a las patatas.

5.— Vestir mejores ropas que los demás no es tener mejor carnadura que aquellos que las visten remendadas, como el que sube a una torre está más alto que los otros; pero, no es más alto por eso, que ninguno de los otros. Trata de merecerlo todo, hasta el aire que respiras.

PEDRO B. PALACIOS.



En el sol, en el mar y en el crepúsculo

(Versión de A. Maseras)

Mi dulce amor es pálida y esbelta.
Su sonrisa es tranquila, su voz suave,
sus ojos son el cielo matutino
y sus cabellos, mieses.

Cuando se pone el sol en sus mejillas
nace una rosa.
Nace en sus labios un clavel arqueado
y su ser todo con temblor suspira.

Cuando contempla el mar o cuando frágil
nave la columpia entre las olas,
el verde-azul del agua da reflejos
divinos en sus ojos,
y habla con alegría apasionada.

Y cuando en el crepúsculo, a mi vera
camina, cierra los cansados párpados,
suspira melancólica,
tórñase temerosa,
pues ya las sombras cubren las montañas
y el titilar de las estrellas, presas
en el azul violáceo, da misterio
y un profundo sentido a las palabras.

Mi amor sigue a mi vera
y en el silencio vespertino llora.

P. PRAT GABALLI.

La muerte

Encontré a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Fui a él, lo acaricié blandamente y quise que se levantara. . . .

El pobre se removió todo bruscamente y dejó una mano arrodillada . . . No podía. Entonces le tendí su mano en el suelo, lo acaricié de nuevo con ternura y mandé venir a su médico.

El viejo Darbón, así que lo hubo visto, sumió la enorme boca desdentada hasta la nuca y meció sobre el pecho la cabeza congestionada, igual que un péndulo

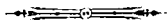
—Nada bueno ¿eh?

No sé qué contestó . . . Que el infeliz se iba. . . . Nada. . . . Que un dolor. . . . Que no sé que raíz mala. . . . La tierra, entre la yerba. . . .

A mediodía, Platero estaba muerto. La barriquilla de algodón se le había hinchado como el mundo, y sus patas, rígidas y descoloridas, se elevaban al cielo. Parecía su pelo rizado, ese pelo de estopa apolillada, de las muñecas viejas, que se cae, al pasarle la mano, en una polvorienta tristeza.

Por la cuadra en silencio, encendiéndose cada vez que pasaba por el rayo de sol de la ventana, revolaba una bella mariposa de tres colores.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 38

El castillo junto al mar, Luis Thlaad.—*Canción*, Pedro Delle Vigne.—*Nacimiento de Uma*, Kalidas.—*Los dos carceleros*, Severino Ferrarini.—*El piloto*, Leopoldo Díaz.—*El abanico*, Eugenio de Castro.—*La tierra es una estrella luminosa*, Rafael Arcevalo Martínez.—*Pesca de tiburón*, Juan Ramón Molina.—*Las gemas*, Ismael Urdaneta.—*Canción de otoño*, Carlos Guerin.—*Busto ducal*, Ricardo Jaimes Freyre.—*Una noche en Toledo*, Froylán Turcios.—*A una muchacha*, Anacreonte.—*Al amanecer*, H. W. Longfellow.—*Poemas en prosa*, Percy Bishy Shelley.—*Sierpes de amor*, Agustín Acosta.—*El vestido de la Amalia*, Gabriel P'Amunzio.—*Oliva humana*, José Asunción Silva.—*La última rosa*, Juan Ramón Avilés.—*En el balcón*, Luis Andrés Zúñiga.—*Nocturno*, Luis Guimaraes.—*A la Muerte*, Kazimiers-Przerna-Tetmajer.—*Schopenhauer*, Federico Nietzsche.—*Hamlet y Meßstötter*, Iván Tourgueneff.—*Nuestra Señora del Dolor*, Tomás de Quinz.—*Dorada California*, Walt Whitman.—*Todavía*, . . . R. W. Emerson.—*Desfilé antiguo*, Jean Lorrain.—Sumarios de ESFINGE.

NUMERO 39

El Poder, Oscar Wilde.—*Sobre la muerte de una prima de siete años*, Hieresippe Morvan.—*La figura de Ligur*, Edgardo Poe.—*El coltro*, Georg Rodenbach.—*Soneto a Elena*, Pierre de Ronsard.—*Colón a los Indios*, Gabriel Alomar.—*Santo Cerro*, Federico Ruckert.—*Tierra nativa*, Víctor M. Landuño.—*Virgilio*, Augusto Brizenz.—*Camposina latina*, Josef Carner.—*Gratia plena*, Amado Nervo.—*La estatua de Saís*, Federico Schiller.—*Dedicatoria de EL CENTAURO*, Ismael López.—*Ven, echa en tus cabellos*, Théodore de Banville.—*Meditación*, Graça Aranha.—*Oraciones de un día de cambio*, Prat Gabelli.—*Preliminar del Canto de los Horus*, Roberto Brenes Mesén.—*La parábola de la Euridice*, Adolfo Aponte.—*La Venus de Milo*, Paul de Saint-Victor.—*Violetas de Parima*, Leopoldo Díaz.—*Tais*, Froylán Turcios.—*Amazona*, Julio Herrera Reissig.—*Catalina de Abasco*, Eugenio de Castro.—*La rosa de la catedral*, Emilio Zola.—*Sol amarillo*, Juan R. Jiménez.—*El Horno de Orán*, Juan Ramón Molina.—*El varón*, José María de Heredia.—*Vínculo cabarete*, Cécilo Davila.—*Le jour*, Paul Fort.—*Instante*, Rafael Alberto Arrieta.